

Joaquina Guillén Mur

Marzo 2005. Desde el Pirineo de Aragón, Huesca.

Soy una oyente que tanto oigo hablar de la guerra civil, pues yo también les voy a explicar un poco cómo se vivió, durante todo el proceso de la guerra, en mi casa, todos asustados, y todos los del pueblo igual, no sabíamos como se iba a pasar.

Ya nos dijeron que nos teníamos que ir a esconder a una cueva que había a una hora del pueblo andando, que la guerra había estallado. Muchos, por no ir a la cueva, se marcharon a Francia, que tenían familia allí.

A mi padre lo llamaron que tenía que ir a la guerra. Mi madre todos los días llorando, con ocho hijas, la mayor quince años y la más pequeña, cuatro años. Nos llevaron a la cueva a unas treinta personas del pueblo, las mujeres del pueblo todas llevaban algo para comer. Llevaban queso hecho de casa, muy bueno, jamones, patatas, todo lo que podían. Mi abuela era muy mayor, no quiso marchar de casa, de vez en cuando le llevaban algo.

Lo que no teníamos agua, teníamos que ir a una fuente muy buena, una agua cristalina, llamada la Fuen de Peti. Nos mandaban por agua a las mas pequeñas, porque abultábamos menos y no fuéramos descubiertas por la aviación. Teníamos que bajar por una senda muy pendiente. Yo un día tropecé, se me cayó la badina de la agua, empezó a dar vueltas para abajo, ya no se vio mas, luego las mujeres aún a reírme por no traer agua.

Los aviones pasaban todos los días, a veces pasaban en grupos de siete aviones, otras veces grupos de cuatro. Enseguida corríamos a escondernos para que no nos vieran. Las mujeres mayores, si se asomaban un poco fuera de la cueva, se ponían delantales negros para no ser vistas por los aviones. Las mas pequeñas pasábamos mucho tiempo fuera, ya que al mismo lado de la roca había en lo más alto un criadero de golondrinas, y allí mirábamos como hacían nidos con arcilla y el revoloteo que hacían saliendo de los nidos y entrando. Había muchas, aquello nos daba alegría.

A los dos días de dejar la cueva, y bajar al pueblo, en la misma montaña, se atrincheraron los rojos de la guerra y los nacionales en otra montaña, lejos, pero frente de ellos, y se hacían señas y se disparaban con metralletas, y los nacionales por el día ya estudiaron y acordaron por donde les podían traicionar a los rojos y como ya lo tenían todo planeado, como hacer y cogerlos descuidados, en cuanto empezó a anochecer, los del partido nacionalista subieron cordeados por una orilla de la montaña, atados con cuerdas y les llegaron allí a traición, les cogieron desprevenidos, muchos durmiendo. Entonces hubo muchos muertos, desde el pueblo se oían lamentar, daba mucha pena, porque decían que en

un partido a lo mejor iban padres y en el otro hijos de los mismos, y se habían matado entre hijos y padres en el enfrentamiento que tuvieron.

Si alguno estuviese interesado, se podría hacer una película preciosa, imitando todo como paso, y la montaña tan bonita que hay, también dejaron allí muchas bombas sin explotar, pasábamos miedo por todo.

Luego bajamos, y en el pueblo no teníamos nada para comer, sólo cosas que los padres habían escondido como en huecos, como aceite, jamones, patatas, se nos habían llevado las vacas hacia Francia, las ovejas, lo perdimos todo, mis padres nombraban un señor que había sido el peor, le llamaban “el Esquinazau”, el apellido no lo se, era muy pequeña, pero todo queda en mi memoria, por esto me gusta contarlo.

Luego nos llegaron los moros al pueblo, que todo lo quemaban y echaban a perder. Había uno muy malo, las chicas de quince años se tenían que esconder porque las perseguía, y una abuela que vivía sola, este moro la vio sola, pues que fue a por ella, pero ella se dio cuenta que venía a su casa, pues escapa corriendo a refugiarse a nuestra casa. El moro corriendo detrás de la mujer, llega a casa gritando, el moro corriendo detrás de ella, llega al portal de mi casa y no podía abrir la puerta, y como era de madera, cogió un peñón muy grande y tiro la puerta al suelo para poder entrar, y claro, hizo un ruido fuerte el moro, se puso escaleras arriba de la casa, la abuela, aterrorizada, se tira por una ventana, a rastras para irse a esconder a otra casa, mi madre, loca de miedo, se tira por otra ventana, agarrándose a unos hierros que había para esconderse donde pudo. Bueno, ella escapó y nos abandonó a todas las hijas pequeñas, llorando y gritando, suerte a la hermana mayor que fue valiente, el moro se iba acercando, mi hermana cogió un hierro largo, hueco por dentro, que lo teníamos para soplar la llama del fuego bajo, ella con el brazo en alto y ese hierro también en alto, y gritando mi hermana “*auxilio, auxilio*”, y las pequeñas llorando y gritando, nos vimos muertas porque el moro decía “*cortar cuello*”, pero al ver a mi hermana tan valiente, se acobardó el moro y se marchó escaleras abajo de la casa. Creo que otro de la guerra, al oír los gritos en nuestra casa, ya se lo llevaron, y creo que lo castigaron otros superiores.

Y había gente buena, también bajamos a la calle asustadas de todo lo que había pasado y había un señor de la guerra, se nos acercó y nos dijo “*ustedes quédense al lado de la lumbre y no se muevan de allí*”. Y otro señor también nos daba cintas de colores muy bonitas y nos contaban cosas para que perdiéramos el miedo, creo pertenecía a los nacionales.

Perdimos cursos de ir a la escuela, después ya empezamos a ir con un maestro un poco mayor, iba un poco cojo a causa de la guerra, y también iba una niña que lloraba, que decía que le habían matado a sus padres.

En nuestra escuela pusieron un cuadro muy grande con la foto de Franco, y otro muy grande también, de José Antonio Primo de Rivera. Y todos los días nos hacían cantar la canción de “*cara el sol con la camisa nueva*”. Después también tuvimos otro maestro muy joven que se aburría y entonces cogía y jugaba con nosotras, y hacíamos carreras con él, era de Valladolid. Ya era otra cosa, mejor para todos.

Luego nos daban suministros, queso americano, leche en polvo, latas de sardineta, latas de caracoles, ya más contentos, pero luego llega otro problema: los maquis, gente que venían de Francia, pasaban escondidos. Por el día estaban escondidos por el monte, y luego por la noche emprendían marchas largas, y algunos se perdían, se quedaban para atrás cansados, luego llegaban a puntos que a lo mejor había tres caminos y entonces no sabían por donde había tirado el grupo, por qué camino, entonces a lo mejor nos llegaban a pedir comida al pueblo, y otros iban a caer a la vigilancia de la Guardia Civil, y hubo enfrentamientos, y los guías que llevaban, entraban a las casas a hacer preguntas a ver si iban bien para encontrarse otra vez.

Bueno, ya pasaron todas estas penurias, ya nos juntábamos una cuadrilla de chavales y chavalas, ya íbamos perdiendo el miedo, íbamos en pandilla a jugar y correr por los prados y también poníamos trampas para coger pájaros, que había muchos entonces, no estaba prohibido como ahora, ya animábamos el pueblo.

Luego ya empezamos a tener ganadería otra vez, mi padre ya había vuelto de la guerra, que lo paso muy mal. Y luego también teníamos un tío que cuida de las ovejas, en el otoño las iba a cuidar a los montes de la Tierra baja, que los arrendaban para todo el invierno, que aquí en la montaña no había pastos. Me acuerdo que mi padre nombraba mucho el monte llamado Bencillón entonces, por allí tenían pocas ovejas, cosechaban mucho trigo, labraban la tierra con muchas mulas. Mi tío cuando tenía que marchar de pastor, le teníamos que preparar ropa, venía un sastre y le hacía pantalones, chaquetas, todo de pana, camisas para todo el invierno, porque allí no podía ir a comprar, le preparábamos toda la ropa, calcetines, todo dentro de un saco que tenían que ir por cabañera. Lo llevaba todo un burro, también se llevaba diez o doce palos de abellanera, que se los preparaba él, muy chulos, que allá abajo no había. Llevaba una cabaña muy maja, llevaba unos chotos muy majos para guía de las ovejas, les ponía unos trucos preciosos y muy grandes, con todo el collar adornado con ¿clavos/chapas? relucientes y su nombre. Estaban en los montes bajos desde fin de octubre hasta el mes de mayo, entonces ya podían pastar en la montaña, y luego las esquilábamos. Ese día hacíamos una fiesta, porque nos ayudaban cuatro o cinco esquiladores, eso era muy pesado y tenían que comer bien.

Luego también ordeñábamos las ovejas y hacíamos queso muy bueno, y requesón tierno, pero era pesado también, porque a veces teníamos que bajar la leche en badinas en la cabeza, a media hora de camino, nos ayudábamos mucho las mujeres del pueblo.

Y con la lana hacíamos mucha ropa, cardábamos la lana, después hilarla, después hacíamos jerséis, calcetines, refajos, no se podía comprar como ahora, no había dinero como ahora.